

específicas y con métodos propios. Para el poeta el fantasma no está en ninguna parte: circula leve por las venas del hombre.

*LOS OJOS O EL ESPEJO
DEL ALMA*

*Aun si fuera un vampiro
y jamás viera mi rostro
por toda la eternidad
siempre tendría tus ojos
para contemplarme en ellos.*

JORGE H. CADAVID

Auscultar la noche

Memoria de la noche

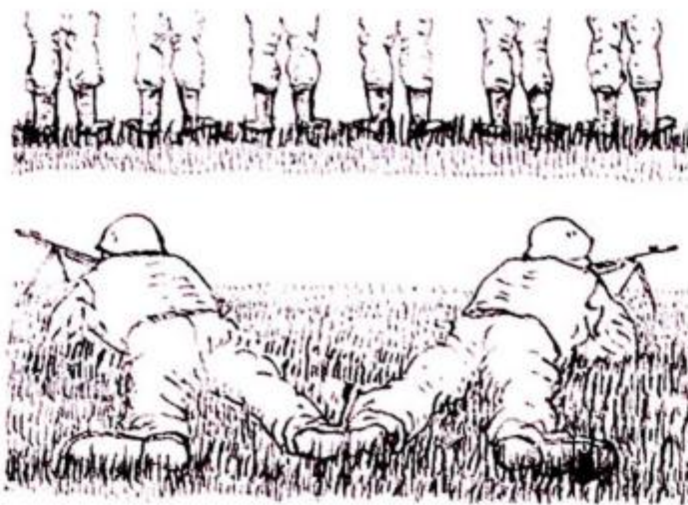
Alfonso Carvajal

Editorial El Camello Sonámbulo,
Bogotá, 1998, 60 págs.

Cuando, en 1994, leí *El desencantado de la eternidad*, novela de Alfonso Carvajal Rueda (Cartagena, 1958), no experimenté otra satisfacción que aquella suscitada por los numerosos pasajes en los que reinaban las emociones poéticas, y con ellas, desde luego, los acercamientos esenciales que el narrador hacía al centro de la espiritualidad de su personaje (san Francisco de Asís) y las incursiones a ese espacio donde los recursos narrativos aparecen agotados o resultan de difícil aplicación. Festejé entonces lo que en la novela había de poético y, claro está, aunque en menor medida, lo que a mi juicio en la prosa me resultaba, por bueno, digno.

Cinco años después, al leer *Memoria de la noche* (poemas, 1998) la lectura se tornó inversa y tal vez experimenté, siendo éste un libro de versos, que reinaban, no por numerosos sino por tautológicos, algunos presupuestos estilísticos de la narrativa. En efecto, hay en sus versos lírica emotiva, como igual hay destreza formal. Dos opciones de expresión creativa que Alfonso maneja, la primera desde su vocación de poeta y la

segunda desde su natural habilidad de narrador.



Con todo —algún día seguro lo resolverá—, Alfonso pareciera encontrarse todavía en aquel espacio donde el autor, la persona que escribe, se mueve indeciso entre dos aguas. En *Memoria de la noche*, por ejemplo, saltan a la vista las descripciones propias de la mimesis, como son las enumeraciones narrativas: “... Nos cerca una selva íntima, / de plátanos y agua, / un rayo que cae aquí y allá. / Nos cerca un atajo inédito, / unos yarumales inminentes; / el cielo, la oscuridad...” (De: *Travesía inédita*, pág. 20); así como también, obviamente, las imaginaciones naturales de la poesía, la expresión lírica: “... Su vientre es follaje / que alimenta una caída; / sus movimientos los temblores / de un campanario insomne...” (De: *Nocturna*, XII, pág. 40). Con una erige paisajes de perfilado expresionismo (pasajes que evocan los frondosos bosques de fábulas o los alucinados escenarios de los cuentos de hadas) y con la otra al terrorífico lobo imaginado, o, para decirlo con su equivalente real: al cardíaco instinto de supervivencia. Claro está que esta simbiosis podría formar parte de la técnica y el estilo del poeta, su característica, lo cual es entendible (recordemos la obra del italiano Cesare Pavese) de no ser porque el lector percibe como una mala costura aquellas piezas donde las dos posibilidades, prosa y poesía, se suman anulándose:

XII

*Aparece una muchacha rosada
agazapada,
en el suelo rugoso de la cama.
Su vientre es follaje
que alimenta una caída;*

*sus movimientos los temblores
de un campanario insomne.
Su cuerpo es un remolino,
donde naufragan los comensales
[del amor.
Los cuerpos recobran la forma
[del espejo:
regados en una sábana negra de
[satín.*

[De: *Nocturna*, pág. 40]

Desde el punto de vista temático, estos poemas tienen un solo cometido: auscultar la noche, y con ella, o mejor, en ella, vigilar el oficio del poeta: “*En la noche* —dice el poeta en el prólogo— aparecen los otros, los fantasmas, alimentados de la memoria y el presente, y un inefable combate brota sin interferencias con el lenguaje”.

Para ello el poeta recurre a una suerte de “ritual de recogimiento y asombro”. Del asombro, que reina campante en su trabajo, dan cuenta la primera y la última de las tres partes en las que está dividido el libro. Por ejemplo, *Memoria de la noche*, que da inicio al grupo, trata de las experiencias pasadas (remotas unas, cercanas otras) instituidas ya como vivencias. Recuerdos de especiales instantes que, por asombrosos y lejanos, causan nostalgia al poeta y, por su vía, al lector. Esta situación hace que el poema se afirme no tanto en las anécdotas que narra, como en la emoción íntima que desenvuelven, y que Alfonso Carvajal transforma en mito de un tiempo que siempre regresa, así sea para lamentar lo perdido, y, por supuesto, siempre en el lugar de la noche:

LA LUCIÉRNAGA

*Los tiempos banales
han desmitificado su misterio.
Una luciérnaga enciende su ojo
en mi mano tatuada por la luna.
Ayer, era una pequeña lámpara,
una divinidad intermitente:
un tributo a los dioses.
Hoy, es un insecto luminoso,
en vías de extinción;
olvidado por los hombres.
Su ojo es su corazón,
su cerebro, de luz.
Rompe el silencio de la noche*

y brilla con una electricidad
[antigua.
En el día pierde su ser,
duerme como una hoja más,
lejos de mi mano y la luna,
con su ojo cerrado de luz.
Siempre ha sido así.
[pág. 23]



Por su parte, en *Memoria de fantasmas*, tercer y último aparte del libro, el asombro es producto de sus experiencias con los otros, y los poemas que lo forman son, como el autor lo advierte en el prólogo, “un homenaje, una recreación de ciertas películas, personajes y escritores, que me han detenido y me estremecieron con su vida y obra”. Personajes preexistentes que al ser llevados al poema se constituyen, por suerte, en otros seres de forma independiente, nada arquetípicos y nada legendarios como los esbozados ordinariamente en retratos gratuitos:

Vivió mirándose en un espejo
[patético,
y sonrió cuando una lágrima
[rosa
humedeció el vidrio de sus
[deseos.
Idolatró a una mulata, bailarina
[de varieté;
en ella vio a una mujer, a todas,
y las fustigó con la ironía
y furia de sus sueños.
Lanzó cohetes verbales,
[punzando las nubes;
la realidad le quedó grande, y
[no disimuló
su apetito por el opio y el
[hachís.
[...]
[De: *El dandy del desarraigo*,
pág. 52]

Del recogimiento, da cuenta *Nocturna*, segunda parte del libro, que curiosamente, quizá para el poeta cerebralmente, cumple puntual su papel de intermedio, pues su aire asiste al poemario completo. En ella están las inquietudes centrales de *Memoria de la noche*, que se dispersan a lo largo del libro: la página en blanco y la palabra: “Voces inesperadas caen del cielo, / o se levantan de las ruinas. / Son palabras, apariencias, / que la inexactitud del tiempo / cava frenética en la memoria...”.

El tiempo y la noche, dos elementos misteriosos que Alfonso Carvajal aborda personalmente, uno casi a la manera de Valéry y el otro rozando, por supuesto, a Novalis. Un escenario sobre el que desfilan: fantasmas y ladrones, ciegos, máscaras de divinidades, violines de insomnio, sopores de la muerte, tormentas de silencio y perros ladrando, en fin, el gran teatro de la noche.

GUILLERMO LINERO
MONTES

Cartógrafo urbano

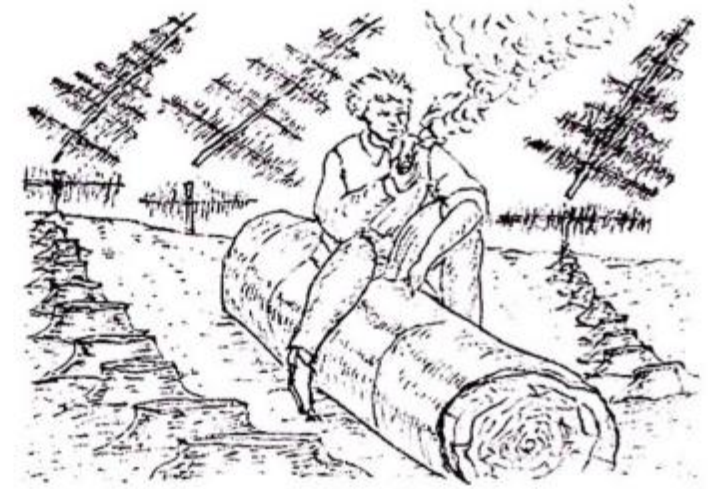
Ciudad

Luis Iván Bedoya
Ediciones Otras Palabras, Medellín,
1999, 65 págs.

Si la unidad y la coherencia deben entenderse como virtudes en un libro de poemas, habría que resaltar la existencia de éstas en *Ciudad*, el breve volumen del poeta antioqueño Luis Iván Bedoya. Sobre todo porque estas características se dan aquí en un grado casi rotundo: el tema tratado es uno y la forma de su representación es una también.

En efecto, el libro, por una parte —como lo avisa explícitamente su título— tiene como exclusivo objeto referencial a la ciudad; y más que a la ciudad en abstracto, a una ciudad en concreto (perdón por el calambur): Medellín. Y, por otra par-

te, su propiedad estilística más notable —como lo avisa explícitamente su título— es la austeridad verbal (que se abstiene hasta de los signos de puntuación), su construcción elíptica, telegráfica.



El libro de Bedoya, pues, cabe ser visto como una suerte de tratado o breviario (topográfico y humano) sobre el Medellín contemporáneo, no desarrollado, desde luego, con un rigor lógico ni sistemático, sino (puesto que se trata claramente de un discurso poético) como una articulación de visiones, imágenes y estampas inspiradas por esta urbe. El poeta actúa (como lo sugiere él mismo en uno de sus poemas) a la manera de un *cartógrafo urbano*: traza el mapa de la ciudad, inventariando tanto sus “parques / montañas / cerros / fábricas / edificios / barrios / el Metro / y el río que suena...”, como su *biocenosis* característica: transeúntes, comerciantes, voceadores de periódicos, obreros, inmigrantes, desplazados, turistas, etc.

Por supuesto, conocer cuál es la visión que Bedoya ofrece de Medellín resultará de particular interés para el lector, teniendo en cuenta que se trata de una ciudad que ha estado durante los últimos años en el ojo del huracán internacional, denunciada como la más violenta del mundo y reconocida como una escuela de jóvenes asesinos a sueldo, no sólo por la prensa mundial y la policía de Estados Unidos sino por la narrativa de sus propios artistas nativos: Víctor Gaviria, Fernando Vallejo, Jorge Franco Ramos, entre otros. Pues bien: léidos los doce primeros poemas del libro, uno cree que Bedoya está resuelto a navegar contra esta corriente y a entregarnos un perfil amable, inocente, puro y